

# De Colón a la Alhambra: Washington Irving en España



*eds.* Antonio Garnica Silva, María Losada Friend, Eloy Navarro Domínguez



IX

---

EL ROMANTICISMO  
DE WASHINGTON IRVING

Cristina Viñes Millet

---

183

## IX

La vida de Washington Irving transcurre por completo dentro del gran momento del romanticismo norteamericano, que, dotado, de optimismo, individualismo y amor a la naturaleza, iba a dar también riendas sueltas al sentimiento y a la imaginación. (Morales Padrón 55)

Nacido en 1783 en Nueva York –donde sus padres, oriundos de Inglaterra y Escocia, se establecieron–, Irving fue el menor de una larga familia dedicada a los negocios. Desde bien temprano gustó de la lectura y, a pesar de cursar estudios de Derecho, su verdadera vocación fue literaria y viajera, centrando sus miradas en el viejo continente, como él mismo hará constar en algún momento:

Ardo en deseos de recorrer sus lugares famosos –afirma–, de hollar el polvo de las primeras edades, de pasear mis locos sueños entre las ruinas de un castillo o los restos de una torre y de sustraerme, en fin, a las realidades del presente para perderme en las imaginarias grandezas del pasado. (Méndez Herrera 12)

Su delicada salud le permitió cumplir sus deseos en 1804 –cuando ronda los veinte años–, al emprender un largo periplo en el que visita Francia, Suiza, Holanda, Inglaterra, Alemania e Italia. No cabe dudar que este primer contacto con países de antigua y rica cultura iba a resultar importante en la futura trayectoria de este joven alegre, buen observador de los hombres y curioso por penetrar en un mundo que le parece diferente. Como se ha dicho, fue el suyo un viaje sentimental a lo Sterne, en el que “la sensibilidad, las reminiscencias y las comparaciones que se desprenden de las cartas y diarios irvingianos están llenos de ese romanticismo que ciñe a Europa como la escuadra inglesa los dominios napoleónicos, sin asaltarla aún” (Soria 129).

Romántico en ciernes, Irving comenzará a perfilar este rasgo a raíz de su segunda estancia europea, iniciada el mismo año en que la batalla de Waterloo apagaba definitivamente la estrella de Bonaparte. Es entonces cuando estrecha su relación con Walter Scott, creador de nuevas formas literarias, cuyo influjo acrecienta el gusto innato por lo pintoresco y la atracción por el pasado. Inglaterra, a la que, como sabemos, le unen raíces familiares, le inspira relatos evocadores del ayer, de antiguas tradiciones y costumbres que, con posterioridad, trasladará también a su solar americano. Esta experiencia ha sido resumida por uno de los estudiosos de su obra con las siguientes palabras: “Ha sido el contacto con las corrientes literarias europeas y su historia lo que hizo de catalizador de un anhelo juvenil de Irving, que se había distinguido desde su adolescencia por un amor a las cosas pasadas, a la naturaleza y al escenario rural” (Ynduráin 19).

Sus viajes de este momento, que incluyen nuevamente Francia o Alemania, están en el origen de *Tales of a Traveller*, que ve la luz en 1824. Es un libro que resulta sumamente interesante, no sólo por su contenido sino, fundamentalmente, por la valoración que el autor hace del mismo:

Para otros cuentos contenidos en esta obra y en general para todos los míos, puedo hacer una observación: soy un inveterado viajero, he leído algo, visto y oído más y soñado mucho más. Mi cabeza está, pues, henchida de toda especie de cosas raras y sabidas. Al viajar, estos heterogéneos materiales se revuelven en mi imaginación como los artículos de una revuelta valija, de tal modo que, cuando trato de extraer un hecho, no puedo determinar si lo he leído, me lo han contado o lo he soñado, y siempre fallo en saber qué es lo que he de creer de mis propias historias (Soria 133-4).

1824 es el año en que aprende español sobre textos clásicos de Cervantes o Calderón. Pero el interés por nuestro país en su vertiente histórico-literaria viene de más atrás, según sus propias palabras. “No conozco nada que me deleite más que la literatura española antigua...La literatura española, participa del carácter de su historia y de su pueblo: tiene un brillo oriental. La mezcla de ardor, magnificencia y romance árabes con la antigua dignidad y orgullo castellano” (Ynduráin 27-8). Antigua es también la sugestión que Granada ejerce sobre él y, para avalarlo, contamos igualmente con su testimonio:

Desde que en mi lejana infancia, a orillas del Hudson, recorrí por primera vez las páginas de la vieja y caballerescas historia apócrifa de Ginés Pérez de Hita sobre las guerras civiles de Granada y las luchas de sus valientes caballeros Zegrías y Abencerrajes, fue siempre esta ciudad objeto que despertó mis sueños. (cit. en Villa-Real, Homenaje 113)

No es extraño, por tanto, que en ella ambientara El estudiante de Salamanca, primero de sus relatos hispanos, desarrollado en tiempo de los Austrias. Historia de románticos amores con final feliz y plagada de tópicos al uso, constituye sin embargo un precedente no desdeñable. A pesar de que todavía por entonces su mente está repleta de imágenes que le han proporcionado sus lecturas de Pérez de Hita o de Florián –autores cuya valoración modificará radicalmente con el tiempo, como comprobaremos– y al margen de estereotipos y evidentes errores, Irving supo plasmar en este cuento viñetas de intenso colorido no carentes de verosimilitud<sup>1</sup>.

Ignoro en qué momento concreto pudo plantearse la posibilidad de visitar España. Sí es sabido que fue el embajador de su país, Alexander H. Everett, quien le abrió sus puertas, al proponerle la traducción al inglés de los documentos sobre viajes y descubrimientos españoles recopilados por Fernández de Navarrete. Así, en los primeros días de marzo de 1826, emprende un viaje que iba a ser fundamental en su producción. Cuando llega, en su cabeza se entremezclan, como piezas de un increíble puzzle, “el aliento heroico de los conquistadores, la epicidad de la lucha contra los infieles y la reciente presencia, tan gallarda, en la derrota de Napoleón”. Instalado en Madrid, se apresta a una tarea que no termina de satisfacerle. El trabajo que le ha sido encomendado le resulta lento, monótono y acabará por abandonarlo. Pero, en contrapartida, la lectura de aquellos antiguos papeles tiene la virtud de poner ante sus ojos una epopeya que le parece fascinante.

Comienza así la labor que iba a merecerle el calificativo de primer hispanista norteamericano. En ella, la figura de Cristóbal Colón y de sus compañeros en aquella fantástica aventura, resulta de mención obligada. Pero hay algo más que interesa puntualizar. Al adentrarse en la vida y en las circunstancias que rodearon al futuro almirante, irremediablemente tuvo que situarse nuevamente ante las puertas de Granada, aunque ahora lo hiciera de forma diferente. Comprobó sorprendido que la realidad histórica superaba a la ficción literaria. Tan intensa fue su emoción –se ha dicho– “al trabar conocimiento de primera mano con la contienda caballerescas desarrollada en torno a Granada, que no pudo volver con compostura al trabajo más monótono de su biografía (de Colón) hasta haber hilvanado una historia de la conquista” (Carrasco Urgoiti 239).

1

La primera parte de las guerras civiles de Granada la publicó Ginés Pérez de Hita en 1595, bajo el título Historia de los vandos de Zegrías y Abencerrajes, caballeros moros de Granada. La obra –novela antes que historia– tuvo un éxito evidente y persistente, como evidencian las diversas ediciones de la misma y su traducción al francés, donde propició la moda morisca. Como ha señalado Ma Soledad Carrasco, este libro deleitó a los neoclásicos, descubriendo en él el romanticismo nuevos valores estéticos. En 1791 Jean Pierre Claris de Florian daba a la imprenta Gonzalo de Córdoba o la conquista de Granada, que igualmente gozó de un rápido y rotundo éxito, multiplicándose las reediciones a lo largo de toda la primera mitad del siglo XIX.

2

Ese carácter histórico-literario que quiso infundirle encajaba perfectamente en el espíritu de la época, como se manifiesta en estas frases. "No hay descripción que pueda proporcionar al lector una idea sobre la Alhambra de Granada. No son únicamente los patios, los salones y las fuentes, los factores que excitan el interés del viajero. A cada uno de ellos se asocia alguna tradición histórica o romántica y el visitante, que pueda disfrutar de horas o de días entre las espléndidas reliquias del imperio moro, deberá prepararse mediante una lectura del delicioso trabajo *Crónica de la conquista de Granada*. Allí encontrará miles de escenas excitantes, románticas y tiernas, que pueblan la Alhambra de recuerdos tan interesantes como pueden proporcionárselos, las pasiones y los afectos humanos" (Inglis 46).

La *Crónica de la conquista de Granada* aparece como un manuscrito debido a Fray Antonio Agápida, guiño que hace recordar al Cide Hamete Benengeli creado por Cervantes en el *Quijote*. Irving siempre defendió la autenticidad de lo narrado en ella, y lo cierto es que para elaborarla se documentó sólidamente, manejando las obras de Valera, Palencia, Pulgar, Bernáldez o Mariana. Ello no impide, sin embargo, que en el relato introduzca incidentes pseudo-novelescos o deje volar su fantasía en tal o cual momento<sup>2</sup>. Veámoslo en esta descripción, que viene a ser culminación del mismo, en la que narra la entrada de los Reyes Católicos en la ciudad y en la Alhambra:

Terminadas las ceremonias religiosas, la Corte subió con gran boato al palacio de la Alhambra, entrando por la gran puerta de la Justicia. En sus salones, hasta entonces ocupados por los turbantes de los infieles, crujían ahora los sedosos trajes de las elegantes damas de la Corte cristiana, quienes hallábanse maravilladas, con ávida curiosidad por escudriñar aquel afamado palacio, admirar sus frescos patios y borboteantes fuentes, sus aposentos decorados con elegantes arabescos e históricas inscripciones, así como la magnificencia interior de sus doradas y policromadas cúpulas. (*Crónica* 520-1)

Pero es que, según la interpretación de Irving, ello no supone menoscabo alguno del rigor exigible. Muy al contrario, como dirá en otro momento, es necesario obviar

todas las maravillas y desenfrenos de esta parte de la historia de España y juzgarla con el mismo patrón de probabilidad apropiado para otros países más insensibles y prosaicos, sería desechar algunas de sus más bellas e instructivas características nacionales. España es virtualmente una tierra de poesía y romance, en donde a diario se participa de alguna aventura, y la menor agitación o estímulo conduce a pasmosas empresas y arriesgadas hazañas. (*Leyendas* 14)

Al aproximarse a las fuentes fue capaz de discernir el auténtico valor de aquellas guerras civiles que tan hondamente le fascinaban. El rechazo ante algunas de las afirmaciones en ellas vertidas es inmediato y muy duro su juicio:

El origen de tales fábulas –argumenta airado– parte de una obra muy popular, las guerras civiles de Granada que contiene la supuesta historia de las rivalidades entre los Zegríes y Abencerrajes durante la última lucha del imperio morisco. Este trabajo apareció últimamente en español, indicando ser traducción del árabe, por un tal Ginés Pérez de Hita, vecino de Murcia; después fue vertido a varias lenguas, y Florian tomó mucho de él para la fábula de su Gonzalo de Córdoba; de este modo se ha desautorizado en gran parte la verdadera historia siendo aquel libro tenido como verídico por el pueblo y por la gente rústica de Granada. Sin embargo, el contenido de éste es un tejido de falsedades zurcidas con acontecimientos auténticos que le dan al todo cierto carácter de veracidad. Lleva en sí mismo, además, el sello interno de su falsedad; los usos y costumbres de los moros están descritos de un modo extravagante; las escenas que presenta son del todo incompatibles con sus hábitos y religión, y no es posible que

puedan ser de tal modo referidos por ningún escritor mahometano... Creo francamente que hay un fondo criminal en las premeditadas falsedades de la obra. (Cuentos de la Alhambra, Espasa-Calpe 58)

Me detengo en este trabajo para destacar la minuciosa descripción que de Granada plasma Irving:

En el centro del reino que lleva su nombre, al que protegen altas montañas que encierran ricos valles, y al abrigo de Sierra Nevada, se alza la capital sobre dos colinas fronteras. Corona una la al que protegen altas montañas que encierran ricos valles Alhambra. Se apiñan en la otra multitud de casas con patios donde florece el granado, el limonero y el naranjo. A sus pies, rodeándola, la hermosa vega, vasto y delicioso jardín surcado de innumerables riachuelos. No es de extrañar que a los hijos de Mahoma que llegaron hasta ese lugar les semejara el paraíso, puesto por el Profeta en esta tierra para recompensarles.

La cosa no tendría nada de reseñable si no fuera porque cuando escribe esto, casi con toda seguridad no ha tenido la oportunidad de conocer todavía la realidad que así describe.

La Crónica, junto con las Leyendas de la conquista de España, marca un punto de inflexión en su obra. No busquemos en ellas el rigor del historiador profesional, porque entonces no entenderíamos su íntimo sentido y el impulso con el que fueron concebidas, tal como señala Baez Díaz:

Su valor no se funda en el terreno histórico, sino en el literario, que es donde triunfa Washington Irving. Sus dotes de narrador interesante, pintoresco, evocador mágico de pretéritas edades, son las que le han hecho inmortal y digno de ser conocido de los amantes de la literatura. (Báez Díaz 11)

Afirmaciones que comparto, pero que, posiblemente, no hubieran satisfecho al autor, para quien siempre fue Granada la ciudad de romántica historia.

La Crónica de la conquista de Granada sale a la calle en 1829, simultáneamente en Filadelfia y Londres. Ese mismo año Irving se instala en los palacios nazaríes de la colina roja para una larga estancia, de la que iban a salir los Cuentos de la Alhambra, su libro más conocido y divulgado. Pero esta es cuestión sobre la que merece hacer un poco de historia. Cuando nuestro personaje decide abandonar Madrid para trasladarse a Andalucía corre ya el año 1828. El 8 de marzo, tras una escala en Córdoba, llegaba a Granada, hospedándose en la fonda del Comercio. Diez días iba a permanecer en esta ciudad. Los suficientes para ratificar la fascinación que por ella sentía. Para conocer las impresiones experimentadas en ese primer encuentro es necesario acudir a su correspondencia, editada después de su muerte por su sobrino Pierre (1862), y fundamentalmente a una carta que fecha el 15 de marzo y dirige a Antoinette Bollviller. Larga carta en la que, tras describir el viaje con detalle, exclama incontinente:

¡Pero Granada, la bellísima Granada! Imagínese cuál debió ser nuestra alegría cuando después de pasar el famoso puente de Pinos, escenario de sangrientos encuentros entre Moros y Cristianos y notable por haber sido el lugar donde fue alcanzado Colón por un mensajero de la reina Isabel, divisamos Granada con su Alhambra, sus torres y sus

nevadas montañas; todo aparecía ante nuestra vista. El sol poniente lucía majestuosamente en sus torres de color bermejo a medida que nos acercábamos y daba un suave tono al paisaje de la vega; un mágico resplandor lucía sobre este lugar tan celebrado por la poesía. (Morales Souvirón 95)

Días pasados recorriendo la ciudad y su entorno, sumergiéndose en ese verdor que lo inunda todo, dice:

Hay como una embriaguez al contemplar estos paisajes en esta estación única en el año. Toda la naturaleza rebosa nueva vida y ofrece las primicias de la lozana primavera, los almendros en flor, la higuera comienza a germinar y a despuntar las nuevas hojas. La belleza de la estación ha empezado a mostrarse en su plenitud, prometiéndonos, sin embargo, ulteriores frutos en los meses venideros. ¡Santo cielo, después de haber pasado dos años en los baldíos calcinados de Castilla, ser libertado para vagar libremente en este país de ensueño! (Morales Souvirón 95)

Pero son, sin duda, la Alhambra y el Generalife los que despiertan su mayor entusiasmo con sus ornamentados muros, el murmullo de las fuentes y la frescura del agua, las galerías abiertas a la brisa de la sierra y desde las que se domina el valle del Darro y la dilatada llanura de la vega. Al transitar por sus salas intenta conjurar la sombra de Boabdil, la de su bella reina, las de los caballeros Gomerres y Abencerrajes. Vaga por caminitos y veredas buscando los lugares que fueron señalados por la historia. Pregunta. Inquire. Un anciano que vive en una chabola cerca de las ruinas de la torre de Siete Suelos, volada por los franceses, le habla de su tapiada puerta, le revela secretos y supersticiones que corren entre las gentes humildes que pueblan la ciudadela y que se refieren a fabulosos tesoros enterrados y misteriosas apariciones. Él mismo le ha enseñado el camino por el que descendió el último monarca moro y la pequeña ermita –antiguo morabito– donde la tradición señala que tuvo lugar su encuentro con los Reyes Católicos.

A la caída de la tarde se ha sentado en el patio de los Leones para escribir esa misiva, que concluye de esta manera:

Ya el sol se ha puesto; las salas contiguas a este patio se tornan oscuras y el murciélago revolotea sobre mí en lugar de los pájaros que en otro tiempo debieron alegrar este recinto con sus trinos. He cumplido mi promesa, escribiendo desde la Alhambra. Que indignas estas pobres líneas de este lugar... Cogeré para usted una flor de este patio, antes de marchar, y la encerraré en esta carta para así compensar la ausencia de flores en mi estilo. (Morales Souvirón 99-100)

Testimonio fundamental, en el que prefigura lo que a poco tardar iban a ser los Cuentos. Sobre el romanticismo ya asumido por Irving, Andalucía en general y Granada en forma muy concreta iban a actuar de detonantes. Posiblemente, como escribiera Fernández Almagro, porque no era ésta ciudad

donde los románticos tuviesen que rebuscar los temas propios del nuevo gusto, ni siquiera los pretextos para que la fantasía actuase: tan pródiga siempre es Granada en sugerencias literarias de cualquier género y estilo ... Cabe presumir que el romanticismo tuvo en Francia mucho de abstracción estética y producto de escuela, mientras que en España, y en Granada por modo típico, el romanticismo vino a señalar y denominar

realidades que se imponían por su propia evidencia, en las letras, en las artes, en la topografía, en múltiples formas de vida. (Fernández Almagro 60)

El 18 de marzo parte con destino a Sevilla, cuyos archivos le interesa consultar recabando la información que precisa para el libro sobre Colón y también para la Crónica y las Leyendas. Como vemos, diversos son los trabajos que tiene entre las manos, pero que no le van a impedir ese rato de relación y de tertulia con el que disfruta. Hombre “fino, cortés, amable, gracioso, dulce (que) igualaba socialmente a los más refinados europeos” (Ynduráin 51), no le iba a costar enlazar amistades, alguna particularmente interesante para el tema que nos ocupa. Es el caso del hispanista alemán Nicolás Böhl de Faber y de su hija Cecilia, que adoptaría literariamente el nombre de Fernán Caballero. Interesados ambos por el folclore y lo popular, el contacto mantenido con ellos en Sevilla y en el Puerto resultó al escritor norteamericano incentivo importante para ese libro que estaba a punto de acometer y al que vamos a dedicar nuestra atención en forma inmediata:

En la primavera de 1829, el autor de esta obra, a quien la curiosidad habíale llevado a España, realizó una andariega excursión de Sevilla a Granada, en compañía de un amigo, miembro de la Embajada rusa en Madrid. La casualidad nos había unido desde lejanas regiones del globo, y una analogía de gustos nos indujo a vagar juntos por los románticos montes de Andalucía (Cuentos, Aguilar 27-8).

Así da comienzo a los Cuentos de la Alhambra, dedicando el primer capítulo a narrar el viaje realizado con el príncipe Dolgoruki, que es el amigo que le acompaña. Excelentes páginas literarias, en las que refleja fielmente sus impresiones sobre nuestro país y sus gentes, en ellas encontramos una temprana valoración del paisaje de la Meseta que –a despecho de lo que pudiera decir en algún momento– describe en esta forma. Hay algo “en los severos y sencillos rasgos del paisaje español que llena el alma de un sentimiento de sublimidad. Las inmensas llanuras de las dos Castillas y de la Mancha, que se extienden hasta donde la vista alcanza, despiertan interés por su propia desnudez e inmensidad, y poseen, en cierto modo, la grandeza solemne del Océano”. Para añadir poco más adelante: “desde que he visto el suelo donde mora, me parece comprender mejor al español altivo, fuerte, frugal y sobrio, que desafia virilmente las penalidades y desprecia las complacencias afeminadas” (Cuentos, Aguilar 29). Siempre considero Irving, y así lo dejó escrito, que esos valores propios de la raza es entre el pueblo llano donde se muestran más visibles. Gentes humildes, sí, pero dotadas de rara inteligencia natural y de innegable cortesía. Ejemplo de ello el joven que les sirvió de guía, al que dedica elogiosas palabras y al que quiso llamar Sancho, nombre aceptado gustosamente por el interesado.

Atentos sus ojos a cuanto le rodea, deja vagar libremente su mente por el terreno de la sugestión que le suscita lo que contempla. Dejémosle, una vez más, la palabra.

El antiguo reino de Granada en el que estábamos a punto de penetrar es una de las regiones más montañosas de España. Vastas sierras desnudas de árboles o arbustos y veteadas de abigarrados mármoles y granitos alzan sus quemadas crestas hasta el intenso azul del cielo; mas en sus fragosos senos yacen sumidos verdeantes y fértiles valles, en donde páramo y jardín luchan por dominarse, y hasta la misma roca dijérase obligada a hacer brotar la higuera, el naranjo y el limonero y a florecer con el mirto y la rosa. En los agrestes pasos de estas montañas, el espectáculo de las ciudades y aldeas amuralladas, construidas, como nidos de águilas, entre los riscos y rodeadas de creste-



rías moras o de ruinosos torreones encaramados en los encumbrados picos, nos hace retroceder con la imaginación a los días caballerescos de la guerra entre cristianos y musulmanes y a la lucha romántica por la conquista de Granada. (Cuentos Aguilar 33)

Así va a ser para él. Antequera es la antigua ciudad de renombre guerrero, en la que –sin embargo– no deja de observar que los viejos aún usan la montera, corriente no hace mucho en toda España, mientras las mujeres lucen mantillas y basquiñas. Archidona, donde, según le contó un lugareño, permanece enterrado un rico tesoro bajo las ruinas del antiguo castillo moro. Loja, llave de Granada, agrestemente pintoresca al amparo de lo que fuera en otros tiempos altivo alcázar. El Soto de Roma, delicioso con sus frescas brisas y exuberante vegetación. Desde él, en la lejanía, pudo contemplar nuevamente la silueta de Granada, coronada por las rojizas torres de la Alhambra y tendida al pie de las blancas cumbres de Sierra Nevada.

No es necesario intuir los sentimientos que le embargaban en ese reencuentro porque, al respecto, se muestra tan explícito como suele ser habitual en él. Lugar de peregrinación le parece, envuelto en leyendas y tradiciones, en cantares y en romances, en hechos de guerra y en lances de amor. Pero lugar también de realidades que iría descubriendo en el paso de los días y de las que había de dejar vivas escenas, difícilmente superables. Es esa mezcla de observación y fantasía lo que iba a conferir a su relato un encanto innegable.

Maravillosa Andalucía de los románticos! Irving la ve con los mismos ojos de los pintores y grabadores de su tiempo, hoy tan en boga. Exageran un poco la altura de las montañas, la pendiente de los precipicios o la desolación de los páramos; aborrascan los cielos un tantico demasiado. Pero luego, aunque en escala reducida, alegran los detalles y saben pintar con nitidez el rojo de los jaeces de los burros o el verde de las graciosas basquiñas; fiestas de color donde sólo son negros los trajes de los viejos, los ojos de las mozas y las patillas de los galanes. (García Gómez 35)

Durante su estancia en Granada iba a disfrutar Irving, junto con Dolgoruki, de un raro privilegio: habitar en los propios alcázares, en estancias dedicadas a residencia de los gobernadores, vacías desde que éstos decidieran trasladarse a vivir en la ciudad.

Al alojarme en la Alhambra –dice– me arreglaron una serie de habitaciones de arquitectura moderna. Estaban frente del palacio, mirando hacia la explanada de los Aljibes. Por estos departamentos se sale a un ángulo de la torre de Comares, atravesando un estrecho corredor y una oscura escalera de caracol, pasando la cual y abriendo una puertecilla, se queda uno sorprendido al salir a la brillante antecámara del salón de Embajadores” (Cuentos, Espasa Calpe 64).

Contiguos a estos aposentos se encontraban los de Antonia Molina encargada de la vigilancia y cuidado de los palacios. Vivían con ella dos sobrinos, Manuel y Dolores una robusta joven de ojos negros. La tía Antonia y Dolores se encargarían también de cuidar a nuestro viajero, que pronto quedó solo al partir Dolgoruki, reclamado por sus obligaciones (Viñes Millet, 2008, 9-15).

Instalación provisional tan sólo ya que –como sigue narrando– no se encontraba totalmente satisfecho, deseando mudarse al interior de los palacios.

Paseábame cierto día por los salones moriscos, cuando encontré junto a una apartada galería una puerta que no había notado anteriormente y que comunicaba –al parecer–

con algún extenso apartamento reservado. Aquí, pues, había misterio; era, sin duda, el sitio encantado de la fortaleza. Me procuré la llave, no sin gran dificultad; la puerta conducía a unas habitaciones vacías, de arquitectura europea, aunque edificadas sobre una galería árabe contigua al jardín de Lindaraja. Eran dos soberbias habitaciones, cuyos techos, divididos formando casetones, tenían macizas ensambladuras de cedro figurando frutas y flores ricas y hábilmente talladas y entremezcladas con grotescos mascarones. Las paredes habían estado, sin duda, en otros tiempos, tapizadas de damasco, pero ahora se encontraban desnudas y garabateadas con las firmas de los turistas noveles, sin nombre ni importancia; las ventanas, que se encontraban desmanteladas y abiertas al aire y la lluvia, daban al jardín de Lindaraja, extendiéndose las ramas de los naranjos y limoneros por dentro de la habitación. (Cuentos, Espasa Calpe 109)

Tan prendado quedó de este lugar que decidió hacerlo suyo, lo que se apresura a comunicar a su amigo Dolgoruki:

He tomado posesión de este aposento y una habitación me ha sido acomodada muy confortablemente para dormitorio. Nunca tuve semejante residencia. Una de mis ventanas da al jardín de Lindaraja, donde florecen los limoneros y en cuyo centro hay una fuente con un surtidor de agua; en el lado opuesto del jardín hay una doble ventana abierta que comunica con la sala de las Dos Hermanas y a través de la cual puede verse la fuente del patio de los Leones y aún más al fondo la sombría sala de los Abencerrajes. Otra ventana de mi habitación domina el valle del Darro. (Morales Souvirón, 109)

Cuando Washington Irving se instala en la Alhambra, "Alfredo de Musset escribía sus *Contes d'Espagne*, Víctor Hugo lanzaba a los ávidos lectores una nueva edición de sus *Orientales*. Un año después el romanticismo daba su aldabonazo definitivo con *Hernani*, en la *Comedia francesa*. Más tarde, Gautier cruzaba los Pirineos y, atraído por el afán orientalista, pasaba una noche en el patio de los Leones" (Méndez Herrera, *Prólogo*, AÑO, 15). Los *Cuentos de la Alhambra*, redactados con ágil pluma y en estilo atrayente, constituyen acabado exponente de su época, de su autor y de las peculiares circunstancias que, como acabamos de ver, acompañaron su estancia granadina. Por sus páginas campea la libertad de expresión de la que hizo bandera el romanticismo, combinada con grandes dosis de espontaneidad. Pasado y presente se aúnan en forma tan armoniosa que el lector se siente transportado de un tiempo a otro, sin que ello llegue a causarle la menor extrañeza. Trazados sin lógica aparente, encierran sin embargo una estructura que lleva a transitar por momentos, lugares y acontecimientos en imaginario y delicioso paseo. No hay improvisación en ellos, ya que incluso cuando se sumerge en el fantástico mundo de las leyendas, cada una de ellas responde a una razón de ser. Como se ha escrito, "Estamos, pues, en presencia de una amalgama. Personajes vivos, folklore oral y orientalismo literario, han sido fundidos aquí con maestría suprema, y lo perfecto de esta fusión ha dotado al libro de un interés constante" (Soria 149).

Siempre se mostró generoso Irving –quizá interesado– a la hora de explicar la gestación de una obra, el impulso que le llevó a acometerla, los objetivos que se marcó al elaborarla. No iba a ser una excepción en este caso, que expone así:

Los borradores de algunos de los siguientes cuentos y ensayos fueron escritos, en realidad, durante mi residencia en la Alhambra; otros fueron agregados después, fundándose en las notas y observaciones allí hechas. He cuidado de conservar el color local

y la verosimilitud, de forma que el conjunto ofrezca un cuadro fiel y vivo de aquel microcosmos, de aquel singular pequeño mundo en el que viví casualmente, y acerca del cual el mundo exterior tenía una idea muy imperfecta. (Méndez Herrera, 18)

Cabe pensar que la razón de que no pudiera culminar este libro en el lugar que era escenario de lo narrado en él, haya que buscarla en lo precipitado de su partida, al ser llamado para ocupar un cargo diplomático en Londres, lo que le obligaba a abandonar Granada, a la que nunca regresaría. “Partiré de la Alhambra dentro de pocos días –comunica a su hermano Peter– y he de hacerlo con gran pesar: nunca en mi vida he pasado días semejantes ni espero volver a pasarlos” (Morales Souvirón, AÑO 113). Era el 22 de julio de 1829.

Los Cuentos aparecían publicados en 1832 con el título *La Alhambra*. Una serie de leyendas y apuntes sobre moros y españoles. Precediendo al texto inserta una carta, que fecha en mayo de ese mismo año y dirige a su amigo el pintor David Wilkie. Por su interés y porque ha sido omitida con frecuencia, quisiera transcribirla:

Mi querido amigo –dice en ella–: Recordará usted que, en las andanzas que juntos realizamos por algunas viejas ciudades de España –Toledo y Sevilla, sobre todo–, advertimos una intensa mezcla del sarraceno con el gótico, restos del tiempo de los moros; más de una vez nos sorprendieron escenas e incidentes callejeros que trajeron a nuestro recuerdo pasajes de Las mil y una noches. Me incitó usted entonces a que escribiese algo que representase estas singularidades, ‘algo a la manera de Harum al Raschid’, que tuviese cierto sabor a esa especia árabe que lo impregna todo en España. Traigo esto a su recuerdo para demostrarle que, en cierto modo, usted es el responsable de la presente obra, en la que presento algunos bosquejos ‘arabescos’ de la vida, y leyendas basadas en tradiciones populares, extraídas, durante mi estancia en él, de uno de los lugares más moriscoespañoles de la Península. Le dedico estas páginas en recuerdo de las agradables escenas que juntos presenciábamos en aquel país de aventura y como testimonio de estimación por sus méritos, al que sólo excede la admiración por su talento. Su amigo y compañero de viaje. (Cuentos, vi)

El éxito de los Cuentos de la Alhambra –como finalmente serían conocidos– fue importante e inmediato, circulando a poco de su aparición vertidos al francés y al alemán, al italiano y al holandés, al sueco y al danés e, incluso, al islandés. Por extraño que pueda parecer, más lenta y tardía fue su difusión en España, donde la primera traducción castellana, realizada en Valencia, tan sólo recogía algunos de los capítulos de la obra. Fue la buena acogida que le dispensaron los lectores la que llevó algo más adelante, en 1844, a acometer la edición completa, aunque partiendo de la versión francesa. No es mi intención hacer un seguimiento de la suerte corrida por el libro de Irving, tarea que ya realizara hace tiempo y con maestría el profesor Gallego Morell (1960). Si me gustaría comentar brevemente la recepción de la misma en la ciudad que le había servido de inspiración.

En lo que al panorama editorial se refiere hay que decir que las cosas no difieren en forma sustancial de las ya dichas. Una primera impresión, mutilada igualmente, se realizaba en Granada en 1859, teniendo que esperar a una fecha tardía –1888– para que de los talleres de Sabatel saliera la de su texto íntegro, en traducción directa del inglés debida a José Ventura Traveset. Primoroso tomito, que incorporaba una noticia biográfica del autor firmada por González Garbín y se presentaba bellamente ilustrado, en su prólogo manifestaba el traductor:

Muévenos a publicar esta versión española de la celebrada obra de Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*, el deseo de popularizar –hoy que tan vivo interés ha conseguido despertar la literatura folclórica en Europa– ese precioso ciclo legendario que nace en torno de los alcázares granadinos durante la dominación musulmana, que se acrecienta con los poéticos episodios de la Reconquista y con los varios accidentes y trágicos sucesos del alzamiento de los moriscos, y que se ha perpetuado hasta nuestros días entre los viejos habitantes del árabe recinto (...) El bello libro de Washington Irving no se ha llegado a popularizar en nuestra España tanto como en el resto de Europa y en el Nuevo Mundo, especialmente en Norteamérica, donde ese insigne turista fue tan querido y celebrado. Y por cierto que bien merecía y merece la obra ser conocida de los españoles y, sobre todo, de los hijos de la hermosa Granada, por él enaltecida y considerada como el dulce paraíso de sus días más venturosos.

Dentro de la lírica popular europea, pocos libros podrán aventajar al de Irving en interés y amenidad, por el sello especial que le distingue, por su estilo primoroso y sus galas y atavío de lenguaje, y por aquel colorido local tan artísticamente conservado en sus consejas: por su profundo conocimiento, en fin, de las costumbres populares granadinas. (*Cuentos, Espasa-Calpe* 5).

Cierto es lo que se dice en estos párrafos pero, con todo, resulta conveniente matizar algunos de sus extremos. No era tan desconocido el libro de Irving como en ellos se nos da a entender, fundamentalmente en lo que a los cuentos incorporados en él se refiere, algunos de los cuales habían circulado en publicaciones periódicas, ya fuera insertos en sus páginas, ya como folletín, o incluso a modo de regalo para los suscriptores. Poco puede extrañar que fuera así, ya que resulta difícil negarle al escritor norteamericano el haber revalorizado las leyendas populares, al descubrir en ellas un tesoro de posibilidades narrativas. Es precisamente desde esa vertiente desde la que iba a ejercer un influjo evidente sobre varias generaciones de escritores granadinos, continuadores en buena medida de ese modelo irvingiano que se asienta en los valores históricos y monumentales que ofrece la ciudad, en el material que proporcionan sus tradiciones y en el orientalismo que la impregna (Gallego Roca, 1991). Largo influjo, por otra parte, vigente aún en las postrimerías de la centuria.

Muchos son los autores y títulos a los que pudiera referirme en ese sentido. Me voy a limitar a dos, por considerarlos suficientemente representativos. El primero en el tiempo fue Serafín Estébanez Calderón –granadino de sentimientos y de corazón, que no de nacimiento– autor de *Los tesoros de la Alhambra*, relato breve publicado en 1832, en el que combina con acierto el cuadro costumbrista con los elementos fantásticos. Al parecer, durante un tiempo acarició la idea de unos “*Cuentos del Generalife*” que no pasarían de proyecto apenas esbozado (Carrasco Urgoiti 309). En línea similar, aunque con temática bien diferente, es de mención obligada *El sombrero de tres picos* (1874) de Pedro Antonio de Alarcón, considerada una de las obras maestras de la literatura del XIX.

Ya que hemos hablado de su difusión y de su influencia, resulta necesario aludir también a su permanencia. En este aspecto los datos resultan ser bien claros, ya que los *Cuentos de la Alhambra* iban a convertirse en una de las obras más veces reeditada y más profusamente vendida. ¿Implica ello una permanencia del sentido romántico que los impregna? Cabría en lo posible, a mi modo de ver. De hecho, si en algo no han podido llegar a un punto de encuentro los estudiosos de aquel movimiento es en delimitar las fechas que marcan su inicio y su final. Hay quien piensa que lo romántico es como una corriente

soterrada que atraviesa la historia, para emerger en concretos momentos. Los hay que lo consideran específico de una determinada época que, iniciada en los albores del siglo XIX, no iría más allá de los años centrales de esa misma centuria. No falta quien opine que, si en efecto, breve fue su duración, larga había sido su gestación, que hunde sus raíces en el XVIII, y largo su epílogo, que se adentra profundamente en el XX (Viñes Millet, 2007). Pienso que es esta última valoración la que puede y debe aplicarse a Granada y su Alhambra, que ahora nos ocupan.

Si complejo resulta establecer los límites, no menos lo es concretar los principios que le son consustanciales. Se siente lo romántico –se ha dicho– pero resulta difícil definirlo. La frase, en su brevedad, encierra una innegable realidad, al apuntar a algo fundamental: el sentimiento que se desborda sin pudor alguno para manifestarse. De ahí que más que un canon poético o una revolución literaria adscriba a un determinado momento, pueda considerarse patrimonio de quienes valoran, en su más íntima esencia y en su subjetivismo, “el mundo idealizado y soñador del espíritu, ante el paisaje, ante la mujer y el amor, ante la misma historia” (Villa-Real, 1967, 8). A abundar en esa idea vienen las palabras de Emilio García Gómez, cuando escribe: “Hasta qué punto nuestra visión de la Alhambra y, en general, la de Andalucía difiera de la de los románticos es tema que se presta a discusión; pero lo que no creo que sea dudoso es que esa visión nuestra, más o menos diferente, deriva de la que los románticos tuvieron” (23).

En 1842 Washington Irving volvía a España como embajador de su país en Madrid, pero no retorna a Granada, circunstancia que ha sido puesta de relieve en más de una ocasión, enjuiciándola en diferente forma. A uno de esos juicios quisiera referirme, para rebatirlo si me es posible. Dice así quien lo emite:

No voy a entrar en este extraño desinterés, ni en buscarle una explicación, que no se la encuentro satisfactoria: en todo caso me parece muy decepcionante el olvido y me hace sospechar que su viaje y estada en la Alhambra no había pasado de servir a un fin utilitario que, una vez cumplido quedaba atrás, agotadas para el autor las posibilidades estimulantes de su imaginación. Y esta indiferencia, ¿no nos suscita alguna duda acerca de la autenticidad de la experiencia pasada? Mientras tanto, el libro de la Alhambra había tenido un éxito muy halagüeño y contribuyó poderosamente, junto con los de otros viajeros, a difundir el raro y peculiar encanto granadino a los cuatro vientos. (Ynduráin 41)

Ya lo vemos. Desinterés, indiferencia, oportunismo. Me cuesta trabajo creerlo. Más me inclino a pensar que su resistencia a emprender ese nuevo viaje pudiera venir motivada por una especie de temor a que las cosas ya no fueran iguales a como él las viviera y las sintiera. Granada le había dado, con creces, lo que un día buscó en ella. Ahora, el retornar pudiera desvirtuar ese recuerdo, tan vivo y tan hermoso, que conserva. Porque no hay olvido. Eso es algo innegable, y no se trata en este caso de meras suposiciones. Por entonces –quizá algo más adelante– se encuentra trabajando nuevamente en los Cuentos, en lo que será una edición revisada y enriquecida con páginas que se cuentan entre las mejores de la literatura viajera, edición que veía la luz en 1851. En ella –como Méndez Herrera ha escrito– “fundió el metal de su primer libro para purificarlo, y que en la campana resonante de ecos que él forjara a golpes de pluma y fuego de fantasía no quedara grieta por donde pudiera escaparse ni una sola de las observaciones pasadas, ni un trino del cántico vivo que se le entrara por el corazón” (19). Poco más me queda por decir. Dejaré, por tanto, que

sea por última vez el propio Irving quien nos narre en qué forma cerró definitivamente sus Cuentos de la Alhambra.

Al caer la tarde llegué al lugar donde el camino serpenteaba entre montañas, y allí me detuve para tender una última mirada sobre Granada. Desde la colina donde yo estaba se dominaba un esplendoroso paisaje de la ciudad, la vega y las montañas circundantes. Se hallaba en el punto cardinal contrario a La Cuesta de las lágrimas, famosa por el 'último suspiro del moro'. Ahora podía comprender algo de lo que sintió el pobre Boabdil al decir adiós al paraíso que dejaba tras de sí y contemplar ante él un camino escarpado y árido que le llevaba al desierto.

Como siempre, el sol poniente derramaba un melancólico fulgor sobre las rojizas torres de la Alhambra. Apenas si podía distinguir la ventana de la torre de Comares, donde me entregara a tantos y tan deliciosos ensueños. Los numerosos bosquecillos y jardines que rodean la ciudad se hallaban ricamente dorados por el brillo del sol, y la purpúrea bruma de la noche estival se cernía sobre la vega; todo era hermoso, pero igualmente tierno y triste a mi mirada de despedida.

Me alejaré de este paisaje –pensé– antes que el sol se ponga, para llevar conmigo el recuerdo envuelto en toda su belleza. Tras estos pensamientos, proseguí mi andar entre montañas. Unos pasos más, y Granada, la vega y la Alhambra desaparecieron de mi vista. Así terminó uno de los más placenteros sueños de una vida que el lector acaso piense estuvoLa vida de Washington Irving transcurre por completo dentro del gran momento del romanticismo norteamericano, que, dotado, de optimismo, individualismo y amor a la naturaleza, iba a dar también riendas sueltas al sentimiento y a la imaginación. (Morales Padrón 55)

## OBRAS CITADAS

- Báez Díaz, Luis. "Prólogo." *Leyendas de la conquista de España*, de Washington Irving. Granada: Miguel Sánchez Editor, 1974.
- Carrasco Urgoiti, Ma. Soledad. *El moro de Granada en la literatura (Del siglo XV al XIX)*. Madrid: Revista de Occidente, 1956.
- Fernández Almagro, Melchor. *Granada en la literatura romántica española*. Madrid, Real Academia, 1951. Edición con estudio preliminar y notas al texto de C. Viñes Millet. Madrid: Editorial Rueda, 1995.
- Gallego Morell, Antonio. "The Alhambra de Washington Irving y sus traducciones españolas" *Washington Irving (1859-1959)*, 161-186.
- Gallego Roca, Miguel. *La Cuerda granadina. Una sociedad literaria del postromanticismo*. Granada: Comares, 1991.
- García Gómez, Emilio. *Silla del Moro y nuevas escenas andaluzas*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1954.
- Inglis, H.D. *Granada en 1830*. Traducción y prólogo de A. Gámir Sandoval. Granada: CAM, 1955.
- Irving, Washington. *Cuentos de la Alhambra*. Traducción, prólogo y notas de J. Méndez Herrera. Madrid: Aguilar, 1964.
- . *Cuentos de la Alhambra*. Trad. de J. Ventura Traveset. Madrid: Espasa Calpe, 1955.
- . *Cuentos de la Alhambra*, edición de A. Gallego Morell. Madrid: Espasa Calpe, 1991.
- . *Crónica de la conquista de Granada*. Traducción, prólogo y notas de L. Báez Díaz. Granada: Ediciones Miguel Sánchez, 2003.
- . *Leyendas de la conquista de España. Crónicas moriscas*. Traducción, prólogo y notas de L. Báez Díaz. Granada: Miguel Sánchez Editor, 1974.
- . "To the Reader." *Tales of a Traveller*, by Geoffrey Crayon, Gent. Philadelphia: Cary and Lee, 1824.
- Irving, Pierre *The Life and Letters of Washington Irving*. New York: G.P. Putnam, 1862.
- Méndez Herrera, J. "Prólogo." *Cuentos de la Alhambra de Washington Irving*. Madrid: Aguilar, 1964.
- Morales Padrón, Francisco. "El descubrimiento de América según Washington Irving." *En Washington Irving (1859-1959)*, 53-86.
- Morales Souvirón, F. "Cartas de Washington Irving desde la Alhambra." *En Washington Irving (1859-1959)*, 87-117.
- Soria, A. "Washington Irving 1859-1959. Notas en su centenario." *En Washington Irving (1859-1959)*, 119-159.
- Ventura Traveset, J. "Prólogo." *Cuentos de la Alhambra*, de Washington Irving. Granada: Imp. y Lib. Paulino V. Sabatel, 1888.
- Villa-Real, Ricardo. *Homenaje a Granada*. Granada: Miguel Sánchez, 1990.
- . "Prólogo." *Cuentos de la Alhambra*, de Washington Irving. Granada: Editorial Padre Suárez, 1967.
- Viñes Millet, Cristina. *La Alhambra que fascinó a los románticos*. Córdoba: Patronato de la Alhambra y el Generalife, Tinta Blanca, Almuzara, 2007.

----. "Viajeros en la Alhambra. El peinador de la Reina" Cuadernos de la Alhambra 42 (2007): 151-171.

----. "Washington Irving en la Alhambra" en La Alhambra, el palacio. EntreRíos, 4.7-8 (2008): 9-15.

Washington Irving (1859-1959). Granada: Universidad, 1960. Edición Facsímil. Granada: Universidad, 2008.

Ynduráin Hernández, Francisco. "Washington Irving, primer hispanista americano." En Washington Irving (1859-1959), 7-51.